

En las sesiones precedentes de este seminario se abordaron aspectos importantes de la relación que se da entre los medios, el régimen jurídico y las características de la formación profesional en el campo de la difusión colectiva y las tentativas de generación y aplicación de auténticas formas comunicativas.

El fenómeno de la comunicación con todos sus factores, elementos constitutivos, relaciones e inter-relaciones, sólo se da en la sociedad. No existe fuera de ella: en su dislocado escenario se hace urdimbre de lo social y retiene en sus retículas lo individual. Así pues, cuando se discutía aquí acerca de los medios, las leyes y la profesión, se estuvo hurgando en lo social del fenómeno y, de modo particular, se mostraban los condicionamientos que en el orden institucional limitan las posibilidades de la información y la comunicación, con el control y la administración de los medios y su tecnología, con la regulación legal y con la definición, casi mecánica, de un perfil profesional y del objeto de su aplicación, naturalmente adecuado a las necesidades e intereses del imperio.

Aquel análisis fue algo así como colocarnos ante los puntos de partida de algunos de los caminos de toda la infinita cantidad de accesos con los que está constituido el complejo laberinto social. Cada uno de estos tres caminos elegidos, aunque de características diferentes, están unidos entre sí y el transeúnte de la vida social puede perderse, quedarse a medias, andar en círculo o arribar al final.

Hubo un tiempo en que, tanto los medios como las leyes y la formación profesional respondieran a las necesidades sociales de informar, armonizar las relaciones y sistematizar la acumulación y la aplicación de los conocimientos. Actualmente, hay muchos puntos de vista, razones, experiencias y aprehensiones que no sólo ponen en duda esas finalidades, sino que pueden demostrar precisamente la comisión de lo contrario o al menos la presencia de objetivos dispares, ajenos y encontrados con los intereses generales de la sociedad.

Debemos agradecerles a los tres primeros expositores

de este seminario el habernos cuestionado respecto de la esencia y la vinculación de esas posibilidades de entrar al laberinto. Para los que transitamos en esos caminos desde hace algún tiempo, fue oportunidad de reflexión y autocrítica y espero que haya sido motivo de inquietud para quienes inician su ruta en los senderos de la difusión y la comunicación.

Mi tarea, el día de hoy, consiste en mostrarles otros caminos, veredas y callejones: detenerme a conversar con ustedes en una esquina o, tratar de sortear algunos charcos, salvar escollos, acudir a los burladeros, oficiar de trapecistas entre el hilo de la realidad y el abismo insondable de las abstracciones, contaminarnos del feed back viral y extenuante; creer que avizoramos, de pronto, una salida, apresurar el paso y estampar de golpe nuestras impertinentes narices en el muro de una calle cerrada. Volver atrás, andar y desandar, deslumbrarnos, frotarnos los párpados, afinar la mirada y sonreír generosamente cuando vislumbremos destellos de luz en medio de la oscuridad.

Me han encargado, en pocas palabras, la tarea de introducirles al laberinto y, yo, ingenuo manipulador manipulado, asisto gustoso a este espectáculo donde la máscara que traigo también la traen ustedes, donde el ropaje que vestimos —por muy distintos colores y formas que tenga— es siempre la misma moda encubridora —pasada o presente— de nuestras autenticidades cohibidas hasta el pudor o maliciadas hasta lo pudiendo, donde mi voz y mi silencio sólo son partículas del silencio y de la voz de ustedes. No quisiera sentirme culpable, ni que ustedes me lo imputaran, si es que no pueden salir del laberinto. Confieso que, por mi parte, la cuestión ya está decidida; yo no tengo ninguna prisa, ni urgencia ni deseo para salir del laberinto. Estoy dentro de él, desde cuando fui gene, óvulo o patadita fetal golpeando en la tambora placentaria de mi arcano.

El laberinto es mi concha, mi nido, el crisol coloidal y cotidiano de mis innumerables nacencias. El laberinto es la sociedad y yo me encuentro, bien o mal, dentro de ella, pero el salir no depende de mi voluntad. Puesto que somos por la sociedad, causa y efecto, puesto que la influimos y nos refleja, puesto que la reflejamos y nos influye, conozcamos sus incontables caminos y quitando los escollos, hagámoslos mejores; quien sabe si antes o después, pero aquí y ahora, podamos decir, repitiendo a Lefebvre "Lo importante es avanzar y encontrar algo, no quedar hambriento en una búsqueda sin fin."

EN EL LABERINTO DE LAS DISCREPANCIAS

Su base: la economía y el trabajo, ambos en estrecha relación que genera los bienes materiales; su organización elemental: la división del trabajo. Su andamiaje lo constituyen las relaciones sociales condicionadas por la base y caracterizadoras de la superestructura que está conformada por las instituciones y la ideología. Es obvio que la base influye en las formas superestructurales, pero no es la única que lo hace.

Así pues, el esquema constitutivo de la sociedad, con sus relaciones sociales, su división del trabajo y sus formas de propiedad sobre los medios de producción, desmiente que la sociedad sólo sea una agrupación de individuos, con el fin de cumplir, mediante la mutua cooperación, todos o algunos de los fines de la vida. Pudo haber sido ese el propósito inicial, pero el continuo desarrollo de las necesidades y los intereses individuales y los núcleos que se agrupan en su interior, han determinado que al generarse las clases sociales, el sello característico de la sociedad actual sea su finalidad contraria: la división en vez de la unidad, las discrepancias en lugar de las coincidencias.

Como son erráticas las veredas del laberinto, errátiles son también los pasos, los saltos y los brincos de sus habitantes. No importa que en ella esté habilitada la vía imprescindible de la expresividad y la comprensión. Toda formación social tiene en su base, junto a la economía y el trabajo, presente como un elemento *sine qua non*, la primigenia capacidad humana llamada comunicación. En efecto, ni la economía, ni el trabajo alcanzan vigencia si no es con la presencia de lo informacional y lo comunicativo.

Cierto que, "el trabajo es el lugar en el que lo animal se transforma en humano, es decir, el lugar de nacimiento del hombre"¹ y como se sabe, este lugar histórico trae aparejadas la presencia de la mano y el lenguaje, instrumentos ambos, hijos de la necesidad y elementos fundamentales de un proceso que afirma el dominio del ser humano sobre las limitaciones temporales. Si es evidente que el instrumento es la "mediación racional entre el hombre y el objeto" es mucho más evidente que otra mediación racional, irremisiblemente presente, es la comunicación, la palabra articulada como "vestidura natural del pensamiento", lo cual afirma y supera la afir-

¹ Kosik, Karel, Dialéctica de lo concreto, p. 218.

mación de Anaxágoras: "El hombre es el más racional de todos los seres vivientes porque tiene manos".²

El enfrentarse al laberinto como ante una infinita variedad de senderos que nos permitan hacer camino, no significa ni mucho más, el deseo de escapar al lacerante impacto de la realidad que nos vive. Tampoco es la ansiedad de hacernos utópicos en el lugar de la fantásica representación de un mundo para el cual no estamos predestinados, programados o acondicionados; ni siquiera la angustia de Neso, tratando de desvestirse para arrancar con los girones de su ropaje pedazos de su piel que, por lo mismo que es parte sensitiva de su ser, revierte, repite en los elementos que acechan nuestra cotidianidad; la piel, la razón y el mundo inexorable adheridos en la problemática del ser y no del deber ser.

El hombre no es únicamente rama lozana cargada de hojas verdes y frutos promisoros, es, esencialmente raíz y como tal, importa mucho la textura y la composición de la tierra de la que se nutre. El laberinto que nos da forma y nos somete a su acción, al imperio de sus circunstancias es, siempre, el ámbito espacial que tratamos de humanizar.

La racionalidad que nos distingue de los otros seres vivientes no se satisface con el dominio de lo temporal ni con el mejoramiento o la modificación de sus características naturales. Hay algo más precioso que hacer, más vital y determinante. Se trata de transformar lo que habiendo encontrado que ya estuvo hecho, lo valoramos como imperfecto, inadecuado o insuficiente, para permitirnos ser simplemente. No es encontrar la posibilidad de adecuarnos al modo de vida que se construyó desde el pasado ni de aceptar, como irremisible, lo que se hace en la modernidad. La inconformidad del hombre de hoy no tiene que ser, necesariamente, el apuro angustioso por diseñar el mañana. Se trata de adecuar el presente para este momento que puede ser toda la vida, de conjugar la posibilidad de rescatar los propósitos finalistas del gran acuerdo social, de hallar el punto de solidaridad trabajando con los ingredientes que pone en nuestras manos el desacuerdo, de avanzar y rescatarnos, más allá o más aquí de las calles cerradas, de electrizarlos con los circuitos químicos de nuestra energía vital para transformar el azoro y el desconcierto en el consenso de la ruptura y en la voluntad de la reconstrucción o la construcción.

² *Ibid.*, p. 223.

LA UNICA FORMA DE LA PRAXIS SOCIAL

Mano y lenguaje constituyen en el principio de la organización social, los elementos que hacen posible la aparición de la aventura humana, no sólo sobre la naturaleza como objeto de su modificación y explotación, sino también sobre el hombre mismo.

Desde cuando estuvimos recolectando los frutos caídos de los árboles, desde cuando los arrancábamos en las ramas altas con la ayuda de una madera tosca, hasta cuando fuimos capaces de disparar la flecha, afilar la obsidiana y habilitar los aparejos de caza y pesca, estuvimos manipulando. Nuestra capacidad maniobrera, esto es, hacer con las manos, está genítalmente asociada a la hora de nuestro origen; la mano es, pues, la partera de la humanidad y el grito es su primera forma de comunicación, mediante la cual el hombre se dice: aquí estoy y luego, se escucha: aquí estoy.

Miremos en torno del mundo que nos rodea, hurguemos en sus profundas raíces históricas, esculquemos la barbarie y el salvajismo, traseguemos los cofres de la civilización y nuevamente comprobaremos que nunca le bastó al hombre aprehender las cosas con la mirada, jamás hubo un instante en que estuviera sólo observando; hasta para reproducirse, para producirse a sí mismo, tuvo que tocar, acariciar, buscar y poseer. La asociación de una piel con otra, el encuentro de una boca con otra, el peregrinaje de dos manos enlazadas constituyen formas de comunicación, y, como tales, son la praxis, la acción. El verbo no se dice simplemente, se hace, se manipula; la palabra no sería tal si no fuera gesto al mismo tiempo (y esto vale tanto para la expresión oral como para la expresión escrita).

En los rasgos universales que conforman la plural esencia del ser humano, la manipulación es el común denominador; lo hacemos tanto para nuestras necesidades primarias como para lo superfluo de nuestros requerimientos. Por eso el laberinto donde el hombre no se deja estar, sino que de objeto se ha transformado en agente de constante manipulación, es resultado, al mismo tiempo, de la vocación manipuladora del ser humano:

(...) el hombre está implicado dentro del sistema de cosas ya acabadas, es decir, de dispositivos o instalaciones. En este sistema de dispositivos el hombre mismo es objeto de manipulación. La práctica manipuladora

(el trabajo) convierte a los hombres en manipuladores y objetos de la manipulación.³

Esto significa que el mundo de cosas ya acabadas, ya hechas, es el producto de la manipulación y como tal de un determinado sentido del uso de la información, o en algunos casos de la comunicación, orientados a la conformación de un **status quo**, dentro del cual se insertan los que vienen después. Los hombres al conformarse o inconformarse de la situación ya establecida repiten la manipulación o producen una nueva.

La manipulación no es mala ni buena **per se**. El comedido inductor de la moral, como otra forma de manipulación, es el que asume, el que enfoca al carácter moldeable del hombre, desde el bien y desde el mal. Por eso no se puede hacer juicio de la manipulación en el contexto de la moral imperante, sino en el impacto que su acción, su praxis y su información ideológica, provocan sobre el comportamiento y los intereses de los sujetos de la manipulación.

Manipular es igual a manejar, equivale a conducir, se trata, casi siempre, de una relación mecánica entre el conductor, entre el manejador y la cosa o el objeto conducido. Sin embargo, hay manejos diferenciales, cualitativamente distintos: bastará unas veces con accionar un botón, repetir una clave, proponer un enunciado, crear y desarrollar un modo de pensar, dirigir una antena, asumir la persuasión, desarrollar la impostura, proponernos un modo de ser más atractivo y a veces engañoso, confundirnos con las señales haciéndonos dudar de los símbolos. Estas no son, sin embargo, circunstancias que deban cuestionarse. De otro lado, casi todos obramos, manipulamos acudiendo al empleo de algunas de las formas que se han mencionado. Lo relevante no es objetar que nos manipulen o cómo nos manipulen —si la manipulación forma parte de nuestra vida cotidiana— sino quién y para qué nos manipula. El asunto es tener la oportunidad de defendernos, de oponer, a la vez, nuestra propia capacidad manipuladora.

La mano, praxis y recurrencia hasta el adiestramiento de la técnica; eslabón que enlaza la aprehensión racional del mundo que se hace el hombre con el mundo mismo; praxis que en la vocación de humanizar la naturaleza, de transformar las limitaciones en posibilidades; da curso y hace desarrollar "(...) la unidad del hombre y del

³ *Ibidem*, pp. 8-6.

mundo, de la materia y del espíritu, del sujeto y del objeto, del producto y de la productividad".⁴ Junto a ella, ha de articularse la teoría como un conocimiento, como un saber hacer que ya no es sólo empírico sino también conceptual. De esta relación entre la práctica y la teoría, de la evidencia de que el hombre ha sido siempre activo, del hecho de que la actividad humana genera respuestas, produce resultados, "(...) la práctica fue identificada con la técnica, en el más amplio sentido de la palabra, y entendida y practicada como manipulación, como técnica operativa, como poder y arte de manipular tanto el material humano como las cosas".⁵

Existe un enorme repertorio de las formas manipuladas que se han impuesto en el seno del laberinto. Todas las formaciones sociales generaron a su tiempo los ámbitos y los elementos de su acción manipuladora.

En el proceso de la manipulación los rasgos característicos se diferencian de acuerdo con la finalidad de sus ejecutores. La manipulación de las clases dominantes, ejercida sobre las clases dominadas, es siempre igual a enajenación. En cambio la manipulación de los sectores deprimidos socialmente, es siempre tendiente a la búsqueda de su identidad, a la afirmación de sus valores y a la transformación y el mejoramiento de los parámetros de su vida cotidiana. ¿Cómo es posible esto? Tan fácil como cuando con las mismas manos con que se depara una caricia, también se puede agredir.

La mano, herramienta incorporada a la naturaleza humana, conmutador de conmutadores, interruptor de la animalidad que pone al "alcance de la mano" el **homo sapiens**, el mejor cerebro habido y por haber. Más tarde esta misma mano hará computadoras, cerebros electrónicos, robots; pero cualesquiera de sus creaciones serán siempre inferiores a lo que la propia mano pudo hacer cuando el hombre empuñó la herramienta y empezó a darse cuenta qué podía hacer y deshacer. Es cierto, los animales depredan. Pero no se dan cuenta de que lo hacen. He ahí la mano extendiendo al hombre, haciéndose su extremidad prénsil, capaz de esgrimir el acto primigenio de todas las épocas: la combinación de la sique con sus referentes externos, el ser y el hacer, el darse cuenta y transformar, en dos palabras el trabajo y la comunicación, mejor tal vez, la comunicación como trabajo.

⁴ *Ibidem*, p. 240.

⁵ *Ibidem*, p. 236.

Ni la práctica ni la teoría —la manipulación en suma— pueden hacerse al margen de sus posibilidades expresivas, de sus ajustes e inter-relaciones, tanto la una como las otras, se informan y se comunican. Puede deducirse que si la praxis es manipulación y la teoría información que se comunica, la manipulación es la praxis de lo informativo y lo comunicacional. El hombre mismo es un lenguaje y lleva implícitos en sus actos todos y cada uno de los elementos del proceso comunicacional. En este ámbito es plurivalente, emite, codifica y discurre, recibe, descifra y responde; al mismo tiempo que es vehículo de comunicación, acumula y procesa la información de acuerdo con las necesidades y los intereses de su intencionalidad.

En la relación social manipulada hay pues una íntima simbiosis entre lo que es comunicación y praxis. Por otra parte, los efectos de la manipulación están estrechamente vinculados con la capacidad de articular ambos elementos, de proponerlos y extenderlos, de hacerlos programas de gobierno, de objetivarlos en intereses y en metas concretas; unas veces tienen que ver con la perpetuación del sistema económico, otras con su reproducción ideológica y, casi siempre, con la inducción de conductas individuales y de grupo para favorecer a los requerimientos coyunturales del sistema. Esta capacidad no es otra cosa que la expresión del poder de los dominantes, extendido y afianzado por sus instalaciones y dispositivos, los cuales siempre adquieren carácter institucional. No quiere decir, sin embargo, que quienes transitan por el laberinto sin el amparo del poder institucional, hayan perdido sus posibilidades de manipulación y comunicación. También los sectores deprimidos de la sociedad pueden comunicarse y manipular; otra cosa es que estén postergados o que vean disminuidas sus posibilidades.

Esto ha sido así desde siempre y, si en los inicios de la vida humana la comunicación estaba librada al uso de sus naturales instrumentos, el gesto y el habla, en el curso de las sociedades actuales, las posibilidades de esos instrumentos naturales han sido extendidas con mecanismos y dispositivos que acortan las distancias y amplían su cobertura por el carácter multiplicador y difusor de los medios. El desarrollo tecnológico que ha hecho posible esas ampliaciones marca el desequilibrio entre la capacidad manipulada de los dominadores y las carencias de los sometidos.

Considerar que la manipulación es la única praxis posible no significa reducir la fenomenología de las relaciones sociales a la mecánica del artillero manual. La

acción del hombre, aunque tenga algunos aspectos puramente motores, no es sólo eso; pues, la mayor parte del accionar es viable por la combinación de lo sico-motor. La manipulación es dicotómica: social y biológicamente motora, biológica y socialmente síquica.

La mano del hombre no actúa por sí misma ni siquiera cuando es el reflejo de reacciones primarias. La mano es terminal ejecutora o mediación entre el ser y el mundo que lo rodea e influye. Igualmente el pensamiento no se basta a sí mismo; nunca es suficiente pensar o imaginar para que se produzca la acción. La condición de la práxis es la combinación del pensamiento y la acción.

La consagración histórica de la mano, como instrumento por excelencia, está ejemplificada, tanto en el saber decir como en el saber hacer del pragmatismo popular. En el primer caso hay expresiones como: la mano amiga, al alcance de la mano, a mano derecha, la mano que aprieta, bajita la mano, manirroto, a mano abierta, a manos llenas, soy mano en esta vuelta, deme una mano, le sentaron la mano, pido su mano, etc., que saben decir aquello que se hace o saben reconocer la eficiencia de aquello con que se hace. Tanto el saber popular como el saber culto, dan por sentado que nadie metió las manos, cuando se equivoca, sino que, simplemente, metió la pata. En el segundo caso, las expresiones sintetizan procesos complejos como: una manita de gato (se refiere a la tecnología del maquillaje o al pintarrajeado femenino); la primer mano y la última mano, a cuatro manos, a mano dura, la mano del molcajete, manos arriba, prestimanos, el manipulador (se refiere al aparato con el que se envían los mensajes telegráficos), la manecilla del reloj (mano al fin, aunque chiquita), maniobra, maneral, manos muertas.

La anterior enumeración mínima de expresiones tienen que ver con dichos y con hechos: ninguno de ellos está al margen de la relación social, al margen de intenciones, proposiciones y ejecuciones que involucran al hombre con el hombre, con su grupo, su sociedad y sus instituciones. Son, en una palabra, referencias a la economía, a la moral, la justicia, la técnica y el trato social. De esta evidencia simple, deducimos que la manipulación no tiene que ver sólo con la destreza manual sino, fundamentalmente, con la facultad de combinar lo mental y lo técnico, con los propósitos y sus procedimientos, con los fines y los instrumentos que se emplean para lograrlos. Enzensberger tiene razón cuando dice que:

La manipulación (es el), tratamiento tecnológico de

un material dado con una meta particular en mente. Cuando la intervención técnica posee una importancia social inmediata, entonces la manipulación es un acto político.⁶

Esto quiere decir que si en una sociedad existen grupos interesados en mantener la situación tal cual está, hay también sectores interesados en modificar esa situación. Por eso si en la edad media, por ejemplo, las formas de manipulación se instrumentaban para que los hombres vivieran conforme a la moral cristiana, que se aceptara la castidad, que su moral fuera predominantemente mística y que el gobierno fuera un coto reservado a la iglesia, no es casual que se hubiesen desarrollado actitudes que aceptaban lo dado tal como se lo habían dado o que lo rechazaban todo.⁷ La manipulación institucional buscaba la aceptación, el acatamiento o la educación; por otro lado, la manipulación opuesta al sistema, orgánica o no, generó las herejías y las apostasias que tuvieron vida más larga que las cacerías de brujas; hizo posible la aparición de las cruzadas, y el tormento de las flagelaciones y las autoflagelaciones. La manipulación de los descontentos buscaba que se ordenaran las cosas en forma distinta al ordenamiento divino; por asimilación se anunciaba el fin del mundo, el juicio final, y cuando se hablaba de que los primeros serían los últimos, no se estaba haciendo otra cosa que perturbar el orden establecido, en la pretensión de instaurar otro nuevo.

Examinando así el renacimiento o la época contemporánea, encontramos que las formas de conformidad originan otras de inconformidad, que aun dentro de idénticas relaciones de propiedad de los medios de producción, del comercio y del aparato industrial, la manipulación determina que un estamento medieval sea sustituido por la presencia de los banqueros, que desde el aislacionismo y la atonía de las ciudades-estados, el florecimiento de villanos y artesanos, devuelva la mirada al pasado, se reencuentre Grecia y que, de esta manera, aun cuando el patrimonio cultural fuera de élite, se refuerce el sentimiento nacional, la identificación de intereses particulares, lo cual dará lugar a la afirmación de la individua-

⁶ *Ibidem.*

⁷ Hans Magnus, Enzensberger, *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Ed. Anagrama, España, 1974, p. 25.

lidad. La iglesia como institución pierde y en cambio el hombre como individualidad ve ampliarse su horizonte. Sin embargo, esto no significa que la historia se construya por imperio de la voluntad individual, sino que acusando intensidades en algunas formas predominantes de la relación económica se irá abatiendo el imperio teocrático, el de las monarquías, para dar paso a la nueva fuerza ideológica que viene con la presencia de comerciantes e industriales.

Hay muestras concretas de oposición entre manipulación y manipulación, aunque ellas se den en el seno de las clases dominantes: a la manipulación oficial de la iglesia se opone la manipulación de la reforma, al catolicismo se opone al protestantismo, la manipulación de la ascendencia nobiliaria se encuentra con la de quien gana más dinero, surge el hombre económico y, de ese modo, en el seno de las clases dominantes se va generando la alineación. Igualmente la manipulación de los oprimidos se irá dando y aunque no fuera para incidir directamente sobre el modo de pensar y de actuar de los dominadores, sus cuestionamientos se reflejaron sobre sí mismos, en relación con sus conductas y el irremisible comportamiento de ganar o preservar su espacio social; de ese modo los esclavos se convierten en siervos, los siervos en villanos y burgueses.

El capitalismo al mismo tiempo engendra al proletariado y a las clases medias, pero no podrá asimilar totalmente a los campesinos que, aun siendo productores de materias primas, oponen la manipulación de una vida cotidiana impermeable a la modernidad.

El papel del desarrollo tecnológico es importantísimo en el juego de la manipulación y, así como se desarrolla el proceso industrial en el control económico y financiero del mundo, se hace patente una industria de transformación, elaboración, distribución y consumo de la manipulación política.⁸

⁸ No hablamos de manipulación *cultural* ni de manipulación de las conciencias como lo hacen otros investigadores, porque lo cultural y conciencial son términos muy genéricos para este caso. Lo cultural es todo lo que hace el hombre; lo conciencial se refiere a su vida consciente, a la sique y a su reproducción del mundo en imágenes. En cambio, la manipulación es política porque al operar en lo conciencial y afectar al comportamiento del hombre provoca consecuencias de carácter social.

El desarrollo tecnológico es también consecuencia de la división social del trabajo; las ocupaciones son más especializadas cada día; pero no como resultado del florecimiento del individualismo, sino como requerimientos de eficacia y de eficiencia en las vías de operabilidad de las relaciones sociales. Aun cuando la concentración del poder determina la acumulación de funciones, ésta no se da sólo en una persona ni una institución; los regímenes más despóticos, las satrapías y las monarquías, presentan, internamente, divisiones y campos de acción. De este modo se especializa y agrupa lo jurídico y represivo, la normatividad y la coordinación, la producción y la reproducción, lo económico y lo ideológico. Este proceso de división del trabajo, que no es otra cosa que organización, da lugar a las instituciones y a sus dispositivos o equipamientos.

De esta suerte, el desarrollo tecnológico en materia de difusión aumenta las capacidades naturales del hombre hasta el punto de hacerlas dependientes de sus extensiones. Al libro y al periódico se añaden la radio, el cine y la televisión, igual que la comunicación interpersonal supera las limitaciones del tiempo y el espacio mediante el telégrafo, el teléfono y el télex. Lo mismo ocurrirá cuando se agrupen las personas en locaciones enormes, donde la voz del hombre se hace insuficiente y requiere de la instalación de sistemas de sonido, interfonos y altavoces para la transmisión de órdenes, instrucciones, o discursos y para la adopción de acuerdos de asamblea respecto de lo que resolvieron sus dirigentes la noche anterior.

Los patrones de la manipulación predominante en determinadas épocas del desarrollo de la humanidad tienen relación, casi de identidad, con las expresiones tecnológicas o sus dispositivos.

El anciano y el brujo están en los primeros peldaños, paralelos a ellos se encuentran las solemnidades como formas enfáticas de la costumbre y el ritual; de ellos devendrán las liturgias y el estamento religioso; se generarán, a su vez, la nobleza y las castas militares —la tradición, el sentido de la cosa establecida, refuerza estas expresiones; a su tiempos llegan los príncipes, los caudillos y los papas, con sus escudos y blasones, con sus dogmas y sus autos de fe; el sello industrial se hará patente con la simbología de la banca y el dinero; del seno de las modalidades del intercambio surgirán los pagarés, letras de cambio y las relaciones de mercancías que se convertirán en las gazetas, una de las primeras

formas de aparición de la información periódica; la nebulosa de la santa inquisición será morigerada por el uso institucional de la opinión pública y así, en algún instante de desarrollo de estas formas manipuláticas, de la dominación, florecerán los periódicos, la radio, la televisión, el cine, los satélites, cada uno con su particular forma de presentar, defender y difundir los intereses del poder concentrado, pero sustancialmente identificados en la praxis de homogeneización de una cultura de masas que hace públicos cautivos para el mercado de la producción industrial y convierte a la información en otra mercancía más. A esta altura de la sociedad industrial, la manipulación tiende a sustituir la idolatría de las deidades extraterrenales y, aunque no las erradica, las posterga por la idolatría y el ritual del consumismo. En este proceso la sacralización del medio cierra un círculo vicioso donde el hombre se imagina como adherencia conectada a los aparatos electrónicos o como un dispositivo integrado a la neurosis de claxones estridentes.

Aun cuando en el proceso de la manipulación política vienen necesariamente incluidas una técnica de la manipulación y una manipulación tecnológica, no es justificable que se intenten análisis, enjuiciamientos y proposiciones como si se tratara de aspectos independientes, separados o parcialmente solucionables. La manipulación política comprende a la finalidad, a la intención y a los sujetos sobre los que se actúa. La técnica de la manipulación concierne al modo, la habilidad y las destrezas que se ponen en juego, y la manipulación tecnológica resulta siendo la instrumentación que se hace de los dispositivos desarrollados por la ciencia y la técnica, para ampliar y extender la acción propuesta hacia ámbitos más grandes o distantes, donde las capacidades naturales no pueden acceder rápida y eficazmente. Por sus alcances, la manipulación tecnológica permite que la acción propuesta continúe desarrollándose, casi sin limitación de tiempo y espacio, aunque el manipulador haya interrumpido su acción. Esta extensión y permanencia del proceso de manipulación ha determinado en alto grado la fetichización del medio o su identidad con el mensaje.

Si la técnica y la tecnología tienen intención, ella siempre es consecuencia de la participación del hombre; en el caso que nos ocupa, por su importancia social, la intención es siempre política.

La manipulación tecnológica se refiere al uso y a la aplicación de los medios; sin embargo, una cosa es cierta respecto a la presencia de la manipulación tecnológica

en el contexto del discurso que se disemina por los medios; para todos es sabido que el mensaje se difunde en el discurso y que todo discurso posee una retórica. En las condiciones actuales, en la modernidad cintilante, subyugadora y deslumbrante, la tecnología forma parte del discurso, es su metáfora electrónica. La tecnología resulta muchas veces más importante que el propio contenido original del mensaje. Casi siempre, en el contexto de la información comercial y consumista, la abigarrada presentación de efectos cromáticos y eufónicos oculta un hueco, el vacío que marca la ausencia de la novedad o, la tautología ideológica que se expande sobre los receptores; se repiten esquemas y se simplifican las tramas hasta el punto de hacerlas neutras, insustanciales; cualesquiera de los programas ejemplificados en la primera conferencia de este ciclo y que tienen una tasa alta de comercialización presentan a su vez alta caracterización de superficialidad y de ingredientes distraccionistas.

El primitivo desarrollo tecnológico es la adecuación de los instrumentos a la postura y a las modalidades de desplazamiento del ser humano. Más tarde será la tecnología la que exija una adecuación de los desplazamientos humanos al ritmo de la producción en serie y al de automatización. Del mismo modo en la tecnología de la moderna manipulación de masas se evidencia una virtual adaptación de los destinatarios al ritmo del proceso industrial de los mensajes. Quizá en esto consista la manipulación tecnológica, en la incoherencia anecdótica, en la fantasía ociosa de imaginar seres humanos transformándose en la extensión o en la correa trasmisora y repetidora de las pautas de conducta maquinizadas que introyecta la dominación mediante la manipulación de las máquinas y mediante la manipulación por las máquinas.

El desequilibrio de la praxis social se marca, ostensiblemente, con el desarrollo tecnológico que por efecto de alguna causalidad, y no casualidad, fincada en el régimen de propiedad de los medios de producción, está siempre en manos de los grupos dominantes. Los ponentes que me precedieron han demostrado cómo la posesión del poder permite el usufructo del dominio tecnológico.

Tanto en los vericuentos locales del laberinto social como en sus calzadas y avenidas internacionales, la manipulación ha instaurado sus tramoyas; como en todo espectáculo una parte de su utilería está a la vista del público y, otra parte, acaso la más peligrosa, se encuentra fuera o detrás de las bambalinas.

Adviértanse en la escena las estaciones de televisión,

las radiotransmisoras, las salas de exhibición cinematográficas, los partidos políticos, el sistema educativo, la iglesia, la moral, la moda, la magia y la astrología. Así por sus dispositivos e instituciones, la manipulación clasista se hace proceso que afecta a las grandes colectividades y quisiera ser cada día masificante y homogeneizadora.

Deslumbrados como estamos nos percatamos sólo de la parte visible de los témpanos. Así resultan prioritaria y casi exclusivamente preocupantes los medios de difusión. El impacto de la televisión, por ejemplo, es siempre cautivador o aterrador, no hay espacio posible para la indiferencia; la radiodifusión, atractiva y necesaria, pero incuestionablemente popular por su cobertura y economía; el cine, escapismo más que diversión, seudoterapia colectiva para muchedumbres solitarias, distorsión y deformación más que información y formación; el periódico, ingrediente amarillista, ácido o picoso sabor, leve barniz de actualización, como la mostaza sobre las salchichas; los partidos políticos, anchos o ajustados, llamativos al principio pero acres y raidos después como los trajes de batalla, vistiéndonos de negro, tapándonos de rojo, fingiendo a veces como las capillas señoriales o a veces siendo espejo estático donde se enamoran de sí mismos los narcisos de la mano derecha y las caperucitas rojas de la mano izquierda; la escuela, la universidad, la primera, aprendizaje a rajatabla de lo que ha de servir para nada, campana de cristal donde se desrealiza al niño la segunda, castillo de ilusiones donde no se aspira el aire ni la luz de los días y los trabajos, o donde, si se trabaja es para los días de unos pocos y las noches de los más; la iglesia de ayer, conmovida hasta el resquebrajamiento, la de hoy, sustituyendo hisopos por fusiles, cambiando sotanas por el uniforme de la rebelión; y esa otra santa madre iglesia de la neurosis universal con sus siquiátras, instalando a dos mil pesos la sesión del nuevo confesionario; la moral, remordiéndolo conciencias pero consolándolas al fin con la canción protesta y el snob del bum latinoamericano que nutre los arsenales de las reuniones cotorras, la moda, dispositivo ambivalente para ocultar o para mostrar, moda para hacerla de incauto bon vivant o lisonjera epidermis donde el cuerpo humano se vuelve escaparate, espacio para anuncios o paquetería de promoción andante; todo es posible cuando se trata de asegurar, de comprar el prestigio y el reconocimiento, todo es posible cuando no duelen las vaciedades mentales; rostro cotidiano el enredo, desde la hechicería para domar al hombre hasta

el misticismo guadalupano del párroco golfista de la Villa y de sus feligreses porfiados que le dejan la limosna cotidiana por el amor de dios; todo cabe, desde el alineamiento de los planetas hasta la desalineación de los hombres en busca del horóscopo y de las vibraciones del cosmos.

Es cierto que la manipulación por los medios ha adquirido significación de primer orden en el fenómeno social de nuestros días; sin embargo, pensar sólo en ella, resentirse sólo de ella o juzgarla madre del cordero, es otro de los efectos de la manipulación.

Fuera del ámbito de los medios, la manipulación, como práxis social, prosigue su marcha. No tiene que estar necesariamente en el espacio público, peor si se escuda en los pliegues de la ingenua organización familiar; más grave todavía si está vestida del ropaje de los contratos matrimoniales donde mi "cosita rica" es ella, "mi gorda" es ella, "mi vida" es ella, "lo que tú digas" es ella, pero sigo siendo el rey.

Apercíbase de cómo lo manipulan cuando lo vuelven ruletero en una o dos chambas y tiene que andar surcando los tormentosos carriles de perisur a perinorte, de perinorte a perisur, como si fuera una pirinola fuera de control.

Mi vecino de enfrente, el subdirector chaparrito, ya se ha comprado un lavaplatos, nada más que no lo usa porque aumenta considerablemente el costo de la energía eléctrica y realmente para una familia de tres, hay muy pocos platos que lavar; ahora ha de instalar en su sala una computadora apple, pero no sabe aún como ha de usarla, perdón cómo ha de usarlo la computadora a él.

No seamos formales, nos dicen, qué pesada es la formalidad; pero de todos modos, aun con displicencia, con rélax y medio en broma, medio en serio, formalmente informales, nos tragamos otra dosis de manipulación eficiente. Hagamos un trato, un pacto secreto de nosotros dos: quiero que vuelvas conmigo, estar yo contigo de aquí hasta el final.

Normas de vida y el trato social, subsidios y salarios, perfumes y desodorantes o de colón, after sheiv loción, brut, lavanda, diorisimo, chanel, todo en uno, orincitos de conejo artísticamente embotellados; blu jins, pantalones de mezclilla, calzones y pantaletas, preso de la cárcel de tus besos, de la forma de hacer eso a lo que llamas amor. Eso que llamas amor. Oyela mano, está tratando de despertar tu conciencia, forma machista de ser, quiere el imperio para ella, la libertad para ella; eso, abajo los

hombres, mueran los machos, viva la femineidad, el enemigo principal eres tú, hombre taimado, sostenedor eréctil de la diferencia de sexos y luego, el lenguaje del ego: te amo con la fuerza de los mares, yo te amo con el ímpetu del viento, yo . . . Yo manipulo, tú manipulas, ellos manipulan. Todo el mundo conjuga el verbo de la acción; la acción del verbo manipular no es patrimonio de los poderosos, son los que más pueden, los que más rentabilidad obtienen de su praxis; pero no, yo también, tú también, todos juntos podemos manipular. Una cosa es ser conscientes de nuestras desigualdades y dejarnos tragar por ellas y otra muy distinta, retomar esa conciencia, nutrirla de decisión de clase, de decisión de grupo, de decisión de identidades de habilitación de la destreza, de adiestramiento en el manejo de los hijos.

Por razón de nuestra preparación profesional, por causa de los elementos sociales en los que se desenvuelven, la comunicación y el comunicador, la información y el informador, traen consigo el legado, la herencia de la manipulación. No fuimos, somos los alfareros de la vida cotidiana; no fuimos, somos el genio del mal, partero del desconcierto, desentrañadores de la incertidumbre, tabiqueros del azoro, descubridores del cofre multiforme donde anidan las respuestas, una sola llave es esencial: la pregunta, la inquietud, esa capacidad de asombro que no perderemos nunca, porque somos el asombro mismo, la mera incógnita hecha ansiedad de vida, paso a paso, trasegada en la sangre y en el barro, decantada en la ilusión y en la esperanza.

Aquí estoy, junto a ustedes, perdido en el laberinto, errante en sus callejones, fatigado ante sus calles cerradas; pero qué bueno es estar perdidos, extraviados, eso apareja la posibilidad del encuentro, del arribo; lástima sería que estemos definitivamente pulidos, acabados, refinados, lástima sería que nuestra primitiva esencia humana, se hubiera engastado en el pozo de la conformidad, todo estaría concluido y no habría posibilidad de vivir. Goethe tendría otra vez razón: "Juventud, valor perdido, todo perdido, más valiera no haber nacido."

Aquí estamos, refosilándonos de gusto, porque a los comunicadores, hoy como nunca, les ha sido dada la posibilidad de unir la acción con el pensamiento, de ejercer la praxis social que no es otra cosa que el tránsito por los senderos del cambio.

¿Qué es lo que vamos a cambiar? Me preguntarán ustedes.

¿Qué es lo que no necesita cambiar? Responderé casi inmediatamente.

¿Cómo hemos de cambiar? Preguntarán ustedes.

¿Cómo no se puede cambiar? Les responderé, casi sin pensar.

Aquí estamos juntos, colegas de una común condición; manipuladores manipulados; deglutidores conscientes del agrídulce fruto de la insatisfacción.

El primer paso es descubrir que el laberinto tiene vías de comunicación, que hay senderos y caminos, que después de las tinieblas nace la aurora y con ella viene el día.

El segundo paso es oponer la manipulación política a la manipulación tecnológica.

El tercer paso es tomar conciencia de que en la conformación del todo, los comunicadores, por naturaleza propia, son la parte contraria, la que insemna la movilidad a lo estático, la desarticulación a la rutina, la identidad nacional a la emulsión homogeneizada en las metrópolis.

Finalmente, hacer conciencia de que no se vive para comunicar, se comunica para vivir. Pero, cuidado con las confusiones: la comunicación no es hija de los medios, los medios son como la rémora que vive a costa de la comunicación.

Asumamos nuestro papel, manipulemos el rumbo de la nave para llegar a la meta, no para naufragar.